

REPITEN PARA NO RECORDAR: EL CASO COLOMBIANO

*El pasado es indestructible. Tarde o temprano
vuelven las cosas, y una de las cosas que vuelven
es el proyecto de abolir el pasado”*

Jorge Luis Borges

Jairo Gallo Acosta*

RESUMEN

En Colombia durante los últimos años se han tratado de iniciar procesos de reparación de los hechos violentos causados por las violencias del conflicto armado, estas reparaciones aunque están amparadas por leyes, hasta el momento han sido insuficientes para lograr una reparación porque se ha descuidado el proceso que conduce a ella y las mismas causas que han llevado a esos hechos. Este proceso se sostiene no sólo por un trabajo de memoria sino por una elaboración de esa memoria que el psicoanálisis ha llamado rememoración y reelaboración. Trabajo que se resiste a realizarse debido a múltiples factores, sobretodo a un no “saber nada de eso” que desde el psicoanálisis se llama represión, y que ha dificultado que esos hechos se reconozcan y por consiguiente la construcción o elaboración de su historia. Sin esto es muy difícil llegar a una reparación, impidiéndose que esos hechos violentos no se sigan repitiendo y perpetuándose el ciclo mortífero de la violencia tal cual como viene sucediendo en la actualidad.

Para la alta consejería para la reintegración (ACR) del gobierno colombiano, en su tarea de desarme, desmovilización y reinserción, el 2008 es el año de “La no repetición de hechos de violencia y la paz sostenida en Colombia” entendiéndolo como las prioridades de sus programas, para ellos la no repetición es concebida un “derecho fundamental de la víctimas, y complementario a los derechos a la verdad, a la justicia y a la reparación, e implican:

- a) El desarme y la desmovilización plena y definitiva de personas y grupos armados al margen de la ley.
- b) La reintegración plena, social y económica, de los ex -combatientes
- c) La preparación respetuosa de las comunidades para que los acojan
- d) El fortalecimiento de las instituciones locales

- e) La vigencia y garantía de los derechos humanos y el avance en la superación de los factores que hicieron y hacen posible la persistencia de la violencia en cualquiera de sus manifestaciones. Esos aspectos configuran, a su vez, los elementos para la construcción de un escenario de reconciliación. (CNRR, 2008)

Lo que llama la atención de lo dicho en ese texto “oficial” es lo que dice sobre “el avance y la superación de los factores que hicieron y hace posible la persistencia de la violencia”, sobre esto, lo primero que hay que decir es que en Colombia sigue siendo una “práctica” común que se quiera resolver conflictos, problemáticas o fenómenos mediante normas, decretos, leyes, manuales u otros escritos, y lo peor no son los escritos, sino que estos obedecen a ideologías que siempre tratan de eludir el problema en vez de afrontarlo, por ejemplo “la superación de los factores que hicieron posible la persistencia de la violencia en cualquiera de sus manifestaciones”, si fuera cierta esa intención a nivel gubernamental, entonces tendríamos que comenzar a hablar no de una violencia momentánea, sino de una violencia estructural que en las últimas décadas se ha mostrado de la forma más atroz desde el conflicto armado.

Es tan arraigada la costumbre de querer soluciones “normativas” que las “víctimas” también están exigiéndolas. Si bien las “víctimas” tienen todo el derecho a pedir que se “constitucionalice” la no repetición de los mecanismos que permitieron que se cometieran crímenes atroces, como pedir que las estructuras paramilitares y los organismos estatales que colaboraron o permitieron que esas estructuras se desarrollaran no vuelvan a cometer dichos crímenes, y más cuando el deber del estado es proteger a todas las poblaciones de esas estructuras, además que diversos estudios han demostrado que la elaboración del duelo es mucho más difícil cuando las instituciones políticas o las autoridades no cumplen con esas funciones de velar por los derechos colectivos.

Pero una cosa es pedir por el respeto de los derechos, lo cual es una obligación del estado y sus instituciones, y otra muy distinta es que esos derechos se respeten mediante un decreto, impidiendo que la vulneración no se vuelva a repetir, eso sería como decretar paz, y en Colombia tenemos experiencia suficiente para saber que los decretos no son más que un recurso leguleyo que tiene sus orígenes no sólo en su historia santanderista sino en la misma conquista y colonia, y que en vez de acotar las injusticias o violaciones pareciera que las aumentara.

La otra vía que se ha elegido en Colombia es pactar, aunque estos pactos también han obedecido a decretos o leyes que han pretendido acabar con conflictos o guerras de un solo plumazo - tomada esta palabra literalmente o confundida con plomazo, que para muchos sería lo mismo – olvidando que para hacer paz como dice el historiador Gonzalo Sánchez, hay que tener Paz-ciencia (Sánchez, 1993), para este investigador los episodios de desarme y reinserción de ex combatientes, tras las guerras civiles del siglo XIX y comienzos del XX, los ejércitos derrotados se disolvían y debido a la limitación del Estado para

castigarlos, sus integrantes eran en parte incorporados a la fuerzas militares vencedoras pero la mayoría se les concedía la amnistía. Es decir, que las amnistías se daban por una “incapacidad” para manejar y saber qué hacer con esos actores, no como una solución, así fue que esos amnistiados tomaron de nuevo las armas, sintiéndose no involucrados en esos procesos de amnistías o paz, perpetuando sus antiguos lugares, incluso heredándolos:

“No se puede olvidar que en Colombia las guerrillas de los años cincuentas surgen al principio como una forma de organización forzada para confrontar el terror y no como parte de un proyecto político-insurreccional para la toma del poder, del Estado o del gobierno. “Las guerrillas las hizo la violencia”, dirían los campesinos del sur del Tolima, y cualquier liberal de la época podría hacerles coro. Por eso, a diferencia de las guerras que se declaran formal y solemnemente, que tienen ritos inaugurales, La Violencia no tiene un comienzo claramente identificable. Cuando se toma conciencia de ella, ya está instalada en todos los contornos de la sociedad” (Sánchez, 1991)

Esta historia de pactos y acuerdos para llegar a negociaciones de paz –cuando estas llegan a realizarse – casi siempre han desconocido la compulsión a repetir de la que hablaba Freud en los seres humanos. Hay huellas que no son asimilables para la realidad psíquica, y estas al excluirse, imponen repetirse, ¿por qué?

Para contestar esa pregunta me voy a valer de la teoría psicoanalítica, para ésta, la repetición está relacionada con la pulsión, siendo ella una cualidad de la pulsión, esta insiste, pulsa, persiste: “la pulsión no se satisface, insiste, se repite, tiende a un blanco que siempre falla y su objetivo no se alcanza con la saciedad, con la paz de su aplacamiento sino con el relanzamiento de la flecha, siempre en tensión el arco de su aspiración” (Braunstein, 1995)

Esta frase del psicoanalista Néstor Braunstein no podía ser la más pertinente, la pulsión que insiste no la sosega la paz, para explicar mejor esto es hora de comenzar hablar de eso que Estanislao Zuleta, gran pensador colombiano llamaba la “felicidad de la guerra”, eso callado, inconfesado pero a su vez tan decisivo y que sin él la mayor parte de las guerras parecerían extravagantes por su carácter festivo (Zuleta, 2005).

Felicidad, fiesta, términos que no indican para el psicoanálisis una satisfacción o un placer directos sino estarían más relacionados con un término que el psicoanálisis desde Lacan denomina: Goce, del cual hay que aclarar que no es placer, tampoco es conciente, más cercano al dolor o lo que está más allá del principio del placer.

Si en la guerra existe un goce bélico, ¿por qué razón esta se va a abandonar?, ¿será que esta se puede abandonar por ideales pacifistas poco claros?, ideales sostenidos por pactos o acuerdos de papel que en muchas ocasiones no representan a nadie – a no ser a los pocos privilegiados - pactos que como ya se dijo en párrafos anteriores lo que hacen es alimentar venganzas que a su vez se alimenta por la pulsión, “La venganza es un fenómeno

humano en el que se manifiesta socialmente la pulsión de muerte, su tratamiento debe ser discursivo y no médico. La venganza es un fenómeno de sentido, el goce que transporta no varía, pero su forma de realizarse y de ser combatida o incentivada, varía de acuerdo con el contexto político e ideológico en el cual se presente” (Gallo, 2004)

Ante el anterior recorrido teórico entonces no es de extrañar que los pactos y amnistías no se resuelvan, y las guerras o conflictos retornen, repitiéndose con efectos devastadores, o como dice el mismo Sánchez, las guerras en Colombia se terminan no se resuelven.

“En Colombia con su interminable trayectoria de guerras y amnistías, se trata otra vez de una repetición. La guerra de hoy, que se anunciaba como ruptura con el pasado, tiende a parecerse cada vez más a la violencia difusa de los años cincuenta” (Sánchez, 2006)

La repetición se adscribe al retorno de lo reprimido, entendiendo lo reprimido como aquello de lo cual no se quiere saber, y en Colombia durante décadas para no decir siglos, no se ha querido saber de eso que precisamente nos concierne, de eso que dice algo sobre cada uno de nosotros, sobre nuestra cultura, sobre nuestra sociedad, así que es mejor reprimirlo, pero lo reprimido como nos dice Freud no se anula, estas retornan mediante la actuación o como síntoma, y que mejor ejemplo de un síntoma que nuestros conflictos, aquello que nos dice que algo anda mal y que se repite para nuestro malestar o padecimiento, ayer fueron los conflictos de la conquista, después los de la independencia, las guerras partidistas y hoy los conflictos guerrilleros, paramilitares, del narcotráfico.

“En la historia colombiana la violencia queda, como lo sugerí hace unos años, entre paréntesis, como un tiempo muerto e inmóvil que no encuentra sentido ni en el pasado ni en el futuro, como si nunca hubiera existido, como una anomalía o transgresión que interfiere en el análisis y rompe la racionalidad de nuestro devenir nacional” (Sánchez, 2006)

Ese tiempo muerto e inmóvil de la violencia en Colombia es eso que el psicoanálisis denomina la pulsión de muerte, que por medio de su compulsión de repetición tiende a no hacer ligazones sino desligar, destruir, no crear, eso puede conducir a un estado de letargo completo, es decir la muerte, la no elaboración.

En el caso de la memoria histórica o del recordar nuestra historia de guerras y conflictos al parecer no se ha hecho un trabajo o elaboración de esos hechos, es decir una elaboración en el sentido psicoanalítico de ellos:

“En Colombia, donde el pasado no pasa” porque la guerra no termina, el culto a la memoria es mucho más ambiguo que en estas historias ya consumadas, puesto que puede cumplir una función liberadora, pero puede también producir efectos paralizantes sobre el presente” (Sánchez, 2006)

La elaboración en el decir de Freud sería aquello que permitiría no repetir o actuar, y para ello primero se tiene que recordar. El psicoanálisis propone el recordar para una

reelaboración, pero hay que comenzar a diferenciar este recordar (rememoración) de la memorización o el exceso de recuerdo.

Memorizar no es recordar, y que mejor ejemplo que Funes el memorioso de Borges, como tampoco recordar es reelaborar, y eso en la clínica es verificable, no porque un paciente recuerde inmediatamente va a reelaborar ese recuerdo, para eso se necesita de un trabajo como lo llamaba Freud, un trabajo que implica un proceso pero que como el mismo creador del psicoanálisis dice, proceso que siempre se trata de resistir, no sólo a nivel individual sino social, y una de esas formas de resistencia es el olvido y o el exceso de memoria.

El olvido y el exceso de memoria parecieran ser las dos caras de la misma moneda. En Colombia al parecer durante mucho tiempo vivimos en una negación de una historia que se nos mostraba cruel en muchas ocasiones, con heridas que no se cerraban, de la que por mucho tiempo no se quiso saber nada de ella – incluyendo nuestra historia precolombina, de conquista y colonial – a lo que Gonzalo Sánchez comenta que en este país estamos pues, frente a un problema de memoria, no sólo con respecto a un acontecimiento temporalmente determinado, sino con respecto a toda la historia nacional” (Sánchez, 2006), ahora bien el imposible olvido o el exceso de memoria en vez de resolver el problema del olvido, lo profundiza.

Los excesos de memoria han traído como una de sus consecuencias un exceso que se ha traducido en violencias del pasado en el presente, ahí se une a esa memoria una búsqueda de una “verdad” que muchas veces se convierte en una “confesión” “irresponsable” – tanto de la víctimas como de los victimarios – donde siempre hay un motivo para aniquilar al otro y dejarse aniquilar, en esa lógica perversa no puede haber lugar para que alguien pueda recordar lo acontecido y poder reelaborarlo. Lo anterior se demuestra en las famosas confesiones de los jefes paramilitares, supuestamente bajo la égida de la ley de “justicia, paz y reconciliación”

Las confesiones de los grupos paramilitares y de sus jefes, las cuales en teoría debería conducir a la “verdad” para una “reparación” de las víctimas se han convertido en un show mediático, colindando con un espectáculo perverso de autojustificaciones por crímenes de lesa humanidad, ante eso el mismo Eduardo Pizarro, presidente de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) señala que los desmovilizados: “Hacen su show. El paramilitar administra esta primera etapa con cálculos estratégicos, justifican el paramilitarismo y revelan algunos crímenes como ratificación a la ley de Justicia y Paz”.

Sobre esos hechos Carlos Iván Lopera, presidente de la Red de Iniciativas Ciudadanas por la Paz y Contra la Guerra (Redepaz), ha expresado lo siguiente: “En algunas audiencias da la impresión de que se lo están tomando como una pasarela, un protocolo. No se asumen responsabilidades históricas. Están justificando sus crímenes. En las últimas audiencias ha sido poco lo que se ha reconocido”

El espectáculo se está tragando el proceso, es así que no puede haber una reparación sin un proceso de reelaboración de lo sucedido, y aquí se puede traer a colación una nota de Gonzalo Sánchez donde dice que recordar es útil pero es insuficiente, y parece que en Colombia el recuerdo se ha desarrollado en función de un material que sólo sirve para los medios, para informar, pero no para una elaboración conducente a una reparación.

En Colombia abunda mucha información sobre la violencia, y las confesiones de los jefes paramilitares lo que hacen en dar unos datos más a la inmediatez del presente que evita la confrontación con el pasado y la negación de la historia.

Existe un gran déficit de interpretación de los hechos e informaciones sobre esas guerras sin nombre o sobre lo inenarrable, indecible o lo impensable de la crueldad, el dolor, el miedo, el desarraigo que acompaña esas violencias. Son contadas las excepciones que han tratado en los últimos años de interpretar una realidad donde los hechos violentos han sido en gran parte su artífice.

No solo basta recordar para que no se repita todos esos hechos violentos, sino como nos dice Manuel Reyes Mate “es preciso reorientar el pensamiento y la acción de tal forma que ese pasado no se repita” (Reyes Mate, 2006), es decir, que ninguno de los actores involucrados vuelva a conducirse como si nada hubiese ocurrido, por más que se recuerde, por más que se perdone, por más que se conmemore – todo lo contrario de lo que sucede en la actualidad, donde lo que se dice sólo se dice para exculparse, justificarse o incluso para reafirmarse en sus decisiones -. Todo esto es combatir la irresponsabilidad subjetiva y proponer una responsabilidad subjetiva de cada actor, una responsabilidad por responder por cada acto y no dejar pasar el “allí no ha pasado nada”.

Desde el psicoanálisis se propone que el sujeto pueda volver a ser autor de su porvenir, que pueda ir más allá de la repetición, y pueda acercarse a una reparación. Para eso se necesitan crear modalidades colectivas de elaboración de duelo para que así cada sujeto pueda elaborar su propio duelo, su duelo singular y subjetivo, donde pueda más que levantar los mecanismos de censura de la memoria y se pueda reescribir eso acontecido, en otros escenarios.

Mientras lo anterior no se permita va a ser muy difícil que todos esos hechos se olviden, entendiendo el olvido no como el “no recuerdo” sino como elaboración “ya que para realmente “olvidar”, es preciso primero “recordar”” (Dobles, 2008).

En el psicoanálisis el olvido y la memoria se encuentran relacionados, nada se puede olvidar completamente, el olvido no puede ser el antónimo de la memoria, no puede definirse como la ausencia ni negación de la memoria, y eso parece que es lo que muchas veces se quiere, “borrón y cuenta nueva”, como si los seres humanos pudieran hacer eso, andar como si “nada hubiese pasado”, si bien creer eso puede conducirnos a estar más

cómodos aparentemente, ese lugar ideal es una de las causas para que las violencias sin nombre sigan afianzándose en sus circuitos mortíferos .

Hay que aclarar que lo que se recuerda u olvida no son los hechos sino las impresiones de esos hechos o lo que llamaría Freud las “huellas mnémicas” o restos psíquicos, estas huellas, restos o marcas como las va a llamar Jacques Lacan, marcas “significantes”. Y el psicoanálisis propone leerlas, interpretarlas y descifrarlas. Descifrar un texto, que se no propone como algo ininteligible, pero que se repite y que el sujeto y la sociedad se resiste a darle su sentido, y es mejor “hacer como si no hubiese pasado nada”.

Y si han pasado muchas cosas: muertes, desapariciones, masacres, secuestros, enfrentamientos, desplazamientos, y es hora de comenzarlas a nombrarlas, para dar cuenta de ellas, no como un inventario contable, sino como acontecimientos que han marcado una realidad en un país, que de cierta manera está buscando alternativas para solucionar nuestras guerras, y así poder enfrentarnos a otras, porque no hay que confundirnos, vendrán otras, porque como dice Estanislao Zuleta “Una sociedad capaz de tener mejores conflictos. De reconocerlos y de contenerlos. De vivir a pesar de ellos, sino productiva e inteligentemente en ellos. Qué solo un pueblo escéptico sobre la fiesta de la guerra, maduro para el conflicto, es un pueblo maduro para la paz” (Zuleta, 2005).

Con estas palabras de Zuleta solo queda preguntar ¿estamos preparados para asumir nuestros conflictos y elaborarlos para no repetirlos, estamos preparados para recordarlos?, por ahora la respuesta es que no lo hemos hecho, y la apuesta es comenzar a hacerlos.

Notas

*Psicólogo. Magíster en Psicoanálisis, Universidad Argentina John F. Kennedy. Docente investigador Universidad Cooperativa de Colombia y Universidad Antonio Nariño, sedes Bogotá.

Bello, M (2005) Bojayá: la culpa de las víctimas y de los victimarios. Desde el Jardín de Freud. No 5. Revista de la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura. Facultad de ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia.

Braunstein, N (1995) El goce. México. Siglo Veintiuno.

Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. CNRR (2008) Garantías de No repetición: un debate prioritario para la CNRR en 2008. Boletín CNRR. No 3. Febrero de 2008.

Dobles, I (2008) Sobre el olvido, y el "presentismo" como "terapia. Revista virtual Liber – acción.

http://www.liber-accion.org/Joomla/index.php?option=com_content&task=view&id=193&Itemid=5&limit=1&limitstar

Gallo, H (2004) Olvido y verdad. Desde el Jardín de Freud. No 4. Revista de la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia.

Reyes Mate, M (2006) Memoria e historia: dos lecturas del pasado. Revista Letras Libres. No 53. Febrero de 2006. Páginas 44 – 48.

Sanchez, G (2006) Guerras, memoria e historia. Medellín. La Carreta.

_____ (1993) Paz y violencia las lecciones del Tolima. Problemas y alternativas para la paz en Colombia. Enero-Junio 1993. Páginas 50-54.

_____ (1991) Sánchez, Gonzalo, Guerra y Política en la Sociedad Colombiana, Bogotá. El Ancora

Ulloa, F (1999) Sociedad y crueldad. *Los estados generales del psicoanálisis*. Versión electrónica. <http://www.etatsgeneraux-psychanalyse.net/archives/texte171.html>

Zuleta, E (2005) Sobre la guerra, En: elogio de la dificultad y otros ensayos. Medellín. Hombre Nuevo.